

El invierno, con toda su plenitud, había llegado. La salud de la señora de Scudemor no mejoraba, pero tampoco sufría empeoramiento. Camila y Allán vivían ante sus ojos en la misma intimidad, medio oculta, medio revelada. No se separaban nunca, y sus conversaciones tenían casi siempre por tema sus recuerdos de Italia. Conversaciones inocentes, al parecer de completa confianza, aunque en ellas no se decían lo que, buscando con cuidado en su vida de la época que con tanto gusto recordaban, hubieran encontrado indudablemente.

Un día que aquellas conversaciones habían tenido un carácter más tierno que nunca; uno de esos días en que las almas se estrechan unas con otras con un abrazo más ardiente; día nublado y en el que el viento hacía que la lluvia azotara los cristales, y en que los pobres gorriones, muertos de hambre, vienen á lanzar sus quejas á nuestras ventanas, á través

de cuyos cristales contemplamos su vuelo (la señora de Scudemor estaba sentada en un sillón, ocupada en hojear algunos libros nuevos que había recibido de París, sin cuidarse en modo alguno de lo que los dos jóvenes pudieran decirse), ambos niños se sintieron de pronto acometidos de un extraño acceso de tristeza. No había razón ninguna para que tal sucediera, ni tan repentinamente, pues ni aun la conversación de aquel día había sido de las que predisponen como soplos que arrastran invenciblemente á esa vaguedad infinita que encierra en su seno secretas melancolías.

¡Oh, mujeres, cuánta razón tenéis en ser supersticiosas! La superstición indica que se comprenden con más viveza los misterios de la vida humana. Mucho antes que la felicidad sea destruída, se siente un golpe resonar de repente en el fondo del corazón, y con esta idea terrible hay que disponerse á gozar todavía. Así, en la plenitud de la vida, se siente una palpitación, una sola, que no se parece á las demás, en medio de las alegrías positivas y de los goces de la juventud, y por más que luego se vivan muchos años, ya se ha sentido el peso del dedo fatal: es como si la muerte se hubiera presentado.

Camila contemplaba á Allán, que por su parte no separaba la vista de ella; parecía que

ni uno ni otro se reconociesen, y, sin embargo, no se dijeron una palabra. Una lágrima que asomó á sus ojos fué todo lo que vendió á la mujer, el ser sin experiencia todavía, la mayor felicidad y la debilidad más grande, y esta fué toda la diferencia que hubo entre los dos. Aquella lágrima no era uno de esos llantos dulces y tibios que suele tener la juventud, uno de esos llantos que corren y lavan el corazón y el rostro como un río de delicias divinas, sino una de las que vienen solas, ardientes.... Allán no preguntó el motivo de aquella lágrima: lo sabía demasiado.

Aquella tristeza no duró más tiempo del que tardara en secarse la lágrima. Camila siguió su suspendido trabajo, y Allán la conversación interrumpida, sin pronunciar una palabra alusiva á la sensación desconocida que de ambos se había apoderado, y esperaron frente á frente, entretenidos en conversaciones fútiles, el fin del día, como si nada solemne hubiera pasado entre ellos en aquel momento tan rápido.

Cuando ya era completamente de noche, el joven salió de la habitación. De ordinario se sentaba al lado de la mesa de trabajo, que se acercaba á la Condesa, y á la luz de la lámpara dibujaba algún modelo para los bordados de Camila. La velada se prolongaba de aquella

manera hasta que la fatiga obligaba á la Condesa á retirarse, y entonces se concluía el día con un *buenas noches*, siendo resumen de todas las ternuras del día, y marchándose cada cuál á acostar, con la perspectiva de volver á comenzar al día siguiente, poco más ó menos, en los mismos términos que el que acababa de transcurrir; rutina que no fastidiaba porque era la unidad de un pensamiento, y porque la dicha, cuando es profunda, sólo tiene una cuerda, como el corazón y el pensamiento.

En vano Camila miraba con impaciencia á cada instante hacia la puerta: el joven no volvía. ¿Dónde estaba? No tenía costumbre de retirarse á aquella hora, y una inquietud vaga se apoderó de ella, haciéndola inclinarse más obstinadamente sobre su costura. Inquietud insensata; porque, ¿qué causa tenía para ello? ¿No podía estar en la biblioteca, y aun en el jardín, con el objeto de respirar un poco de aire libre después de haber pasado el día en una habitación cerrada?... Y, además, ¿no se separaba así muchas veces?... ¿No era una niñada querer tenerle siempre á su lado?... Pero todas las razones que ella misma se daba no impedían que su frente se inclinase más y más, y que su trabajo se hiciera con mayor lentitud.

La impaciencia la consumía, y los esfuer-

zos que hacía para contener la respiración y oír mejor el ruido de pasos en la galería, casi la sofocaban. Su inquietud de vaga se iba convirtiendo en opresora, y la sentía aumentarse en silencio, encorvada, anonadada por completo.... No decía una palabra á su madre, que leía al otro lado de la mesa; pero su pensamiento desvariaba. ¡Ah! ¿Qué mujer hay que no conozca demasiado bien estos dolores?

Allán, sin hacerse cargo de la inquietud que causaba, había tomado una escopeta, y con un perro se había ido al pantano. Por lo regular nunca cazaba, por más que algunas veces disparase sobre algunas cercetas, cuando en sus paseos se le presentaban, estimulado por lo mucho que abunda la caza en aquellos sitios. Aquella noche tenía una necesidad maquinal de movimiento, de respirar aire libre, de estar solo, y para dar un pretexto á una ausencia y á un paseo tan extraordinarios, con el mal tiempo que hacía, había resuelto tirar al azar sobre las bandadas de cercetas blancas y negras, de que el pantano estaba cuajado.

Sumergido el terreno en todas partes, ofrecía el aspecto de un inmenso lago, en el que hubiera podido navegarse perfectamente. Allán saltó á una barquilla que pertenecía á las gentes del castillo, y que durante el invierno es-

taba amarrada al pié de un sauce. Una claridad confusa, bajo un cielo cubierto de nubes, envolvía todos los objetos en un color blanquecino indeciso, y la vista se perdía en los grandes repliegues de las húmedas estepas, en que el agua brillaba como un espejo, rayándola de cuando en cuando una ráfaga azulada, producida por el rápido roce del ala de una cerceña que volaba á flor de agua.

Pero Allán parecía haberse olvidado de su proyectada caza. Sentado en la barquilla, con la escopeta á su lado, estaba entregado á sus pensamientos. Un viento norte le azotaba el rostro, y acariciaba con mano distraída á su perro cubierto de lanas negras finas y sedosas, que apoyaba familiarmente la cabeza sobre su rodilla. La inmensa canastilla blanca y azul que formaba el castillo de los Sauces con sus tejados de pizarra, y las guirnaldas de flores esculpidas en sus muros, deslucidos ya por las lluvias, se ostentaba en su gran ramillete de árboles verdes, más sombríos aun que de costumbre, sin embargo de estar despojados completamente de hojas.

—¡Ella me ama, y yo la amo también! (se decía.) ¿Y qué vamos á hacer? No lo sé.... ¡Sin esta circunstancia, hubiera huído, pero ya no es tiempo! ¡Me ama! ¡Oh! ¿Por qué, yo que he deseado el amor en mis más tiernos años; yo,

que tanto he dado sin recibir nada en cambio, no me siento colmado de alegría ante la idea de ser amado de ese modo, y cierro los ojos al porvenir? ¿Por qué no vengarme de ese pasado que tantos tormentos me ha hecho sufrir, lanzándome ciegamente á ese amor que ha sido el sueño más bello de mi vida? ¡Sí, Allán; ha llegado el momento de ser feliz; sí, este es el momento de realizar todos tus sueños! ¡Mis sueños! Pues qué, ¿me resta alguno después de mi amor á Iseult?... ¿Puedo acaso ser dichoso ahora?... ¿Podría, por ventura, en el seno de un amor compartido, olvidar ese otro amor que me ha envejecido tan pronto?

Y apoyando los codos en sus rodillas, ocultó la cabeza entre sus manos.

Después de un rato en que su pensamiento vagó incierto sin formularse de manera alguna, volvió á fijarse en la única idea que entonces tenía imperio sobre él.

—¡Ser feliz!.... (continuó.) ¿Estoy seguro de que no se me aparecería ese espectro burlón hasta en los brazos de Camila?... ¿Y soy digno de esa niña, pura, virginal, apasionada con su primer amor; yo, que he gastado mi corazón en una pasión inútil, ¡y pasión que tenía por objeto á su madre!, en la que no puedo pensar sin ruborizarme, desde que he vuelto á la razón?... ¿Por qué esta pasión no ha-

brá secado en mí todas las fuentes de amor? No he llegado á ser tan insensible como esa funesta Iseult; lo conozco, porque amo á su hija. ¡Su hija! ¡Ah! ¡Qué terrible es esa idea! ¿Por qué es hija de Iseult, ó, más bien, por qué he amado yo á su madre?....

Y su imaginación se perdía en estas dos terribles preguntas, que se confundían en una sola.

Era, en efecto, una situación espantosa la en que se encontraba el joven Allán de Cynthry: no hacía aún más que entreverla; y no podía librarse de un profundo terror secreto. El velo del porvenir se desgarraba ante sus ojos, y por más que se presentara todavía muy oscuro, distinguía á través de aquellas espesas nieblas vagos presentimientos de grandes desgracias inevitables.

La vida dulce y tranquila de que disfrutaba hacía dos meses, estaba concluída, y comenzaba de nuevo á descender al círculo infernal de las pasiones y de las lágrimas. Dominado por los más negros pensamientos, arrancaba, sin tener conciencia de lo que hacía, mechones de lana de la cabeza y del cuello del perro, que no se movía y entregaba humildemente su cabeza á los caprichos brutales de su amo, contentándose con exhalar de cuando en cuando algún gemido dulce y quejumbroso.

¡Desgraciada Camila! Compadeciáse él también de la joven; pero su compasión tenía un carácter muy diferente de la que la señora de Scudemor tuviera para él en otro tiempo. Esta era una nueva faz del amor.

Sin embargo, la pálida claridad que iluminaba la atmósfera iba oscureciéndose cada vez más, apareciendo el agua más negra por momentos. Las luces de las ventanas del castillo, que veía á lo lejos, le recordaron que las señoras podrían inquietarse de su tardanza. El aire frío y el aspecto desolado de aquella triste naturaleza invernal no le habían aliviado mucho; y cuando acababa de atar otra vez la barca al sauce, un vuelo pesado le advirtió de la presencia de un ave encima de su cabeza: creyó que sería una cigüeña que volviera á su nido de cañas, y, en parte para justificar su ausencia del castillo, en parte por librarse con un movimiento cualquiera de los penosos pensamientos que le oprimían, descargó su arma sin apuntar mucho sobre el pájaro, que cayó, y que el perro fué á cobrar en seguida.

Pero cuando el animal volvió trayendo su presa, se encontró que no era una cigüeña, sino Acis, el cisne favorito de Camila, el que acababa de morir á sus manos. Esto le pareció un augurio terrible, y se estremeció como

una débil criatura. Hay días en que tenemos el alma enteramente abierta á los presagios de todo género, y este era para Allán uno de esos días nefastos. Así es que volvió al castillo con el alma más abismada que nunca en sus presentimientos siniestros....

Cuando entró en el salón, iluminado solamente con la media luz de la lámpara y por el reflejo rojizo del fuego de la chimenea, no encontró á nadie. La señora de Scudemor salía algunas veces del salón durante la velada, y podía estar delicada y haber tenido necesidad de su hija, por lo cual esta circunstancia le inquietó poco, y se acercó á la silla vacía de Camila, cuando su pié tropezó con alguna cosa sobre el tapiz.

Miró lo que era, y reconoció estremeciéndose á Camila, completamente desvanecida.

Cogerla, levantarla y colocarla sobre un sofá, fué para él cosa de un instante, procurando calentarla con su aliento y estrechándola contra su pecho, y no atreviéndose á dejarla en aquel estado para salir en busca de socorro. Al cabo de algunos minutos de agonía y de esfuerzos desesperados para hacerla volver en sí, la joven abrió los ojos y le reconoció.

—¡Ah! ¡Eres tú, eres tú!—exclamó queriendo lanzarse á él, pero sin poder efectuarlo á causa de su debilidad.

—Sí, yo soy, Camila,—respondió.

Y la interrogó acerca de las causas de su desmayo repentino.

—Tú habías salido (dijo, temblando todavía); yo no sé lo que tenía, pero sufría mucho; mi madre me ha dejado un instante, he oído un tiro, y el terror me ha hecho perder el conocimiento.

—¡Loca!—le decía Allán arrodillado delante de ella, estrechando sus manos heladas y húmedas.

—Sí, muy loca (respondía la joven); muy loca, al tener tanto miedo por nada; ¿no es verdad, hermano mío? Haces bien; riñeme por mi cobardía. ¿No es verdad que soy una chiquilla? ... Pero, mira (añadió, inclinándose á él y abarcándole todo con una mirada afanosa); no me dejes nunca por la noche: no quiero. Ten piedad, ten lástima de los necios temores de tu pobre hermana.

Y al mismo tiempo, una dulce sonrisa aparecía en sus labios.

Como hacía muchas veces, en la adorable inocencia de su alma, quiso besarle en los ojos; pero él, que acababa de darse cuenta en la soledad de un sentimiento cuya naturaleza no discernía aún la joven, la rechazó dulcemente por un generoso instinto de hombre honrado. Noble movimiento que sólo Dios pudo juzgar,

porque ella se equivocó, y con una voz en que se advertía la más profunda agonía :

—¿Por qué me rechazas, Allán? (exclamó.) ¿Por qué me rechazas, hermano mío? ¿Qué te he hecho yo?

Y viéndola próxima á caer en el mismo estado en que la había encontrado, sin reflexionar en nada por el profundo espanto que le dominaba, le dijo :

—Pero si yo no te rechazo, Camila mía.

Y la besó en la frente repetidas veces.

—Todavía te dura el miedo (añadió al mismo tiempo que la besaba). ¡Rechazarte yo, hermana mía querida!

Y se sentó en el sofá á su lado, procurando sonreír.

—Sí, me has rechazado, hermano mío (respondió ella en voz baja y tono grave). Dime que ha sido involuntariamente, que no pensabas en lo que hacías; pero no me lo niegues.... Escucha, tal vez sientes en tu alma, como yo, cosas de las que no tenías noticia. Por la primera vez desde que me has jurado que sería tu hermana, por la primera vez hoy me he sentido casi cambiada. Pero no era como otras veces. ¡Oh! Ahora sí que voy á parecer-te loca (y su voz, más grave, denotaba una profunda emoción) : dime que me comprendes, que á ti te ha pasado una cosa semejante....

—Sí, te comprendo muy bien; me ha pasado lo mismo,—contestó lentamente, siguiendo el curso de sus pensamientos, que le dominaban á pesar suyo.

—Y como yo, no sabes tampoco qué es lo que motiva ese cambio, ¿verdad? (replicó la niña con una graciosa curiosidad femenina, y con miedo de recibir una respuesta que deseaba sin embargo.) Tú, mi hermano mayor, ¿tampoco sabes nada?....

—Sí (respondió bruscamente Allán); sé bastante....

Pero se detuvo, retrocediendo ante la revelación pedida.

—¡Dilo!—replicó ella, con una de esas miradas fascinadoras que hacen caer al pájaro en la boca de la serpiente, y que arrancan un secreto de los labios de un hombre para depositarlo en el seno de una mujer.

—Pues bien, hermana mía (dijo Allán, dominado por aquella mirada, después de un momento de silencio): creo que los dos nos amamos mucho.

El inmenso resplandor de esta palabra iluminó repentinamente el fondo del corazón de Camila. ¿Vió ella al desnudo su miseria?.... El pasado, que despertó esta suprema palabra, ¿le demostró el porvenir de que no se ocupaba?.... ¿Comprendió bien su alcance, ó procuró

comprenderlo? Lo cierto es que su consternación no hubiera podido ser mayor ni su silencio más profundo si hubiera comprendido del todo.

En aquel momento entró la señora de Scudemor, volviendo á sentarse en su sillón.

—¿Qué hacéis ahí, hijos míos?—preguntó con su gracia tranquila.

—Camila se ha sentido indispuesta con el calor de la habitación (contestó Allán), y se ha retirado algo del fuego; pero ya se le ha pasado.

—¿Estás ya mejor? (preguntó la Condesa á su hija, mirándola con un interés amable.) ¿Quieres que se abra una ventana si tienes necesidad de aire fresco?...

—Gracias, mamá (respondió); estoy ya enteramente bien. Y volvió á coger su labor. Allán, á quien la Condesa no interrogó acerca de su falta á la velada, se colocó al lado de Camila, y preguntó á su madre qué libros le habían traído de París. Con esto, y con tres ó cuatro preguntas insignificantes, concluyeron los tres silenciosamente la velada, hasta que el reloj dió las once y media, hora en que habían tomado la costumbre de darla por terminada.

## VI.

CAMILA Á ALLÁN.

«Has dicho *que nos amamos demasiado*. ¿Es eso lo que turba nuestra existencia, hasta ahora tan tranquila, tan dulce, tan dichosa? ¿Es eso lo que ahora me hace ocultar mis lágrimas? ¿Es eso lo que ha llenado de tristeza estos tres días que han pasado? ¡Nos amamos demasiado! ¡Ay, hermano mío! ¿Podía yo creer nunca que te amaba bastante?...

»Yo te amaba, y en eso consistía mi vida, mi felicidad, mi destino; conozco que te amo todavía, y este es mi destino para siempre; pero, ¿por qué no es ya mi alegría? ¿Por qué este amor, que antes era tan dulce para mi alma, es ahora tan amargo? Ni tú has cambiado, ni yo he cambiado, ni nada de lo que nos rodea ha sufrido variación alguna, y, sin embargo, ¿qué razón hay para que nosotros no estemos lo mismo?

»¡Que nos amamos demasiado! ¿Y piensas tú eso, loco? ¿Es posible amarse demasiado?



¿Es creíble que el amarse con exceso impida ser felices, cuando la felicidad consiste solamente en amarse? Te engañas, Allán; tú no eres solamente mi hermano. Si la felicidad hiciese sufrir, no sería tal felicidad, y sin renegar de una cosa ó de otra, no es posible decir, «demasiada felicidad, demasiado amor.»

»¡La felicidad! Dime: ¿la comprendes tú como yo? ¿Tienes necesidad de ella como yo?... Tal vez entre nuestra felicidad existe la misma diferencia que hay entre nosotros, hermano mío; la diferencia de hermano á hermana...., Yo no sé nada, soy una ignorante, y el amor me ha hecho orgullosa; pero muchas veces, en nuestras largas conversaciones, tus ojos fijos en los míos no expresaban una felicidad como la que me inundaba; pero mis ojos la expresaban mejor.... Estoy segura que si hubiera estado en tus ojos para verme, me hubiera hallado bastante dichosa, y tal vez tú pensarías eso mismo.

»¿Seré acaso una necia al creer que siento la felicidad mejor que tú, hermano mío? Perdóname estas locas presunciones; pero que sirvan para demostrarte la sed de dicha que me devora. ¿En qué consiste, Allán mío, que, á pesar de que me colmas de ella hace dos meses, no se ha apagado todavía esa sed ardiente?... Comprendo que mis rosas se marchiten cuando

he aspirado mucho tiempo sus perfumes, y queden ajadas; pero al día siguiente los encuentro nuevos en otras rosas; mas ¡ay! mi dicha agotada es como si las rosas del día siguiente carecieran de aroma, y no me resta más que suplicarte que me crees otra felicidad.

»Sí, Allán; dame la felicidad; ¡hazme dichosa á cualquier precio! Tú puedes hacerlo, porque lo puedes todo con tu Camila. ¿No acabo de ser feliz por ti, hasta el extremo de no poder serlo más en la tierra ni esperarlo en el cielo? ¿No ha hecho tu amor de mí, ¡hermano mío!, una criatura completamente satisfecha? Ya ves que no nos amamos demasiado, puesto que este amor nos es insuficiente. Créeme; no es que yo desfallezca por la felicidad; si me quejo, no es que pida gracia. Mi corazón está lleno de una fuerza sobrehumana. Por más que le oprimas, no se abrumará. ¡Oh, Allán! ¡Hazme feliz, ó dame la muerte!

»Te escribo, Allán, y lloro.... Mi madre está acostada. He sufrido tanto estos días, que no puedo resistir á la idea de escribirte.... ¡Cuánto he pasado!.... Es preciso servirme de esta palabra, porque no hay otra que lo exprese mejor; pero no creas, amigo mío, que exprese bien lo que he sufrido. No, lo que yo sentía no era un dolor, era solamente la necesidad de ser dichosa; pero el no serlo, ¿no es el dolor de

toda la vida? ¡No ser dichosa, y tener un alma, un corazón que late, un pensamiento que se eleva; tener todo eso y no ser dichosa, es una agonía indecible! ¡Ah! Compadéceme, hermano mío, que soy bien digna de lástima. Tú debes sufrir con más valor que una débil mujer. ¡Allán, ten piedad de mí! La piedad tiene aún algo de amor. No repitas, por Dios, que nos amamos demasiado. Porque si tú me amases con exceso, ¿cómo habría de querer yo que me amases más? ¡Ay! ¿Podré dominar nunca esta insaciable sed que me devora?

»¡Nos amamos demasiado!... ¿Cómo has podido decir eso, Allán? ¡Qué solemne era tu voz! ¡Qué pálido estabas! ¡Cómo te parecías al ángel que vimos juntos en Florencia, que hacía resonar la trompeta del juicio final! ¡Qué fijo ha quedado en mi memoria el acento con que pronunciaste esas palabras: esas palabras dichas por ti me persiguen, y pienso en ellas sin cesar; pero me afligen sin asustarme, porque no indican que lo sientas. Nos confundías á los dos en ese *nos amamos demasiado* incomprendible. Cualquiera cosa que pueda significar, sea lo que quiera lo que suceda, es indudable que nos alcanzará á los dos. Pues bien; amémonos sin temor... ¿Qué hay que pueda impedirlo?... Por estrechamente que nos juntemos, ¿quién puede tener poder para separarnos?... ¿Sabes

tú si hay alguien que tenga fuerza bastante para ello? Cuanto más miro, menos veo.... Pero ya sabes que en las tinieblas sólo vemos abismos.

»Somos unos niños, Allán; pero apoyémonos mutuamente, tú en mí y yo en ti, y así ganaremos el porvenir. Amémonos con toda confianza. ¿No es tu corazón tan puro como el mío?... ¡Ah! ¡Cuánto me cuesta luchar contra las palabras pronunciadas por ti! Deseo rodearme de esperanzas; pero mis lágrimas corren á pesar mío, como si fuese verdad, ángel de mi vida, que amarse demasiado sea un obstáculo para obtener la felicidad.»

VII.

Esta carta vino á aumentar el espanto de Allán, porque le descubría nuevos horizontes y nuevas tempestades, en el fondo de los cuales se distinguía el porvenir. ¿Quién era aquella niña que se adhería á él con toda la fuerza de una afección única, débil criatura, cuya sed de felicidad se mostraba tan intensa? Comprendía que no le amaba en vano, y que no le perdonaba ninguna de las posibilidades de ser dichosa.... ¡Ensayo cruel, que concluiría por la desesperación! Preguntábase cómo sostendría la lucha con una mujer que tenía una pasión tan desordenada por ser dichosa *á cualquier precio*, cuando se sentía casi vencido al descubrir el amor que sentía por ella. Desconocerse tanto de un lado y conocerse también del otro, le parecía una cosa extraña y amenazadora. ¡Qué grito tan humano resonaba á través de aquellas purezas maravillosas, de aquellos angelicales suspiros, de aque-